

EL MOMENTO OPORTUNO

(A manera de introito)

Cuando un autor acomete el trabajo de redactar una biografía, naturalmente, el último capítulo es el dedicado al fallecimiento del biografiado.

Es posible que, después de consignado el deceso, se hagan consideraciones acerca de la repercusión que en el mundo, en su país o en una rama de las actividades humanas tuvo la vida del personaje estudiado.

Si se trata de una autobiografía, es natural que la labor se realice cuando gran parte de la trayectoria vital esté recorrida. De poco serviría un estudio autobiográfico escrito cuando todavía quedan muchos años por vivir.

Lo que un hombre puede significar a la edad de 30 años es, quizás, completamente opuesto al concepto que de él puede formarse a los 60.

De igual manera, no se ve la vida ni se enfocan del mismo modo los múltiples problemas que ella nos presenta, a los 30 años, que a los 60. El sabio histólogo don Santiago Ramón y Cajal ha descrito este fenómeno de una manera ingeniosa en su obra: *El mundo visto a los 50 años*.

Ya, al final de la vida, cuando toda la trayectoria útil está recorrida, puede hacerse la autobiografía con un balance en que, imparcialmente, se juzguen los aciertos y los errores.

En cierto modo, aunque escribimos sobre nosotros mismos, y de nuestra propia actuación, lo hacemos como si se tratara de un extraño.

Y es que, en realidad, ya no somos los mismos. Si se exceptúan las células que forman el sistema nervioso, son muy pocas, relativamente, las restantes células que formaban parte de aquel sujeto que vivía 30 años atrás.

No somos los mismos físicamente ni es la misma nuestra actitud frente a la vida.

El hombre de actividades múltiples que tenía que

buscar el tiempo para realizar un trabajo, ha sido sustituido por otro hombre que tiene que buscar un trabajo para llenar el tiempo.

Uno de esos trabajos es la redacción del presente libro. He acometido la tarea cuando ya no me situaré más frente a mis alumnos; cuando no desempeñaré mis funciones de médico; cuando no ocuparé más cargos en sociedades científicas o cívicas; ni, probablemente, emprenderé nuevos viajes. Por eso la hora es propicia para realizar el recuento de lo vivido.

La más alta labor intelectual que realizo ahora es mantener al día y revisar las nuevas ediciones de mis obras didácticas que aún conservan vigencia: una *Biología humana* que se utiliza en la secundaria básica de nuestro país, de la cuál se han hecho tres ediciones y otra obra que tiene igual título, que fue escrita de acuerdo con el programa de Colombia, pero que se emplea también en escuelas de otros países centro y sudamericanos. De esta obra' acaba de salir de prensa la quinta edición.

Leo moderadamente por mis limitaciones físicas, con dos fines distintos, lo actual y lo-antiguo. Lo moderno, para mantenerme enterado de lo que pasa en el mundo. Pero cuando quiero disfrutar la lectura, tomo alguno de los libros que ya he leído más de una vez.

Tratándose de una autobiografía, es natural que tenga que ocuparme en reiteradas ocasiones de mí mismo, pero en este trabajo lo menos importante es el personaje central. Lo que interesa es el paisaje.

Recientemente, en un lapso muy corto; con el cambio del sistema capitalista al socialista, en nuestro país han ocurrido profundas modificaciones en las costumbres, -en los medios de vida y hasta en el significado de muchas palabras.

Hace no mucho tiempo, «millonario» era el que atesoraba pesos en las bóvedas bancarias' hoy es millonario el que abate, con la mocha, los cañaverales para acumular astronómicas cifras de arrobos.

Se designaba con el nombre de «voluntarios», durante la época de la colonia, a los civiles españoles, que para que los militares pudieran combatir en los campos a las- fuerzas insurrectas, realizaban en las ciudades funciones policíacas. En las grandes ciudades, y especialmente en la Habana, los voluntarios alcanzaron una gran preponderancia y representaban el espíritu español más reaccionario e intransigente.

Todos conocemos los horribles sucesos de 1871, en que ocho estudiantes de medicina fueron fusilados, para complacer las exigencias de los voluntarios que pedían Víctimas, por un supuesto acto de profanación

a la tumba de un español recalcitrante: Las autoridades civiles y militares fueron impotentes para controlar las turbas de voluntarios ahítas, de alcohol y sedientas de sangre.

Hoy la palabra voluntario tiene el noble significado de cooperación en las labores de construcción de una patria nueva. Es voluntario el que trabaja horas extra, consciente de que su esfuerzo es necesario para alcanzar metas de mejoramiento colectivo.

La palabra «guerrillero» tenía entre nosotros una significación aún más baja y despreciable que la de voluntario. Al fin y al cabo, los voluntarios eran españoles y, aunque injustamente, estaban defendiendo su patria.

El guerrillero era el cubano que cooperaba con los españoles en la delación, la persecución y la lucha contra los libertadores. Los guerrilleros eran tropas irregulares y auxiliares del ejército español reservadas para los más sucios e innobles trabajos. Tenían fama los guerrilleros de ser más crueles y más inhumanos que los propios españoles.

La palabra ha reivindicado su acepción. Hoy, en Cuba, en América y en cualquier sitio del mundo, el guerrillero es el defensor de la libertad y de la dignidad del hombre, que lucha contra fuerzas poderosas pero que goza del apoyo del pueblo.

Guerrilleros fueron los combatientes de la Sierra, guerrilleros son los heroicos vietnamitas, son guerrilleros los que combaten en tantos territorios africanos para obtener la verdadera libertad de sus pueblos.

La encarnación del más destacado guerrillero es la del Che Guevara, que después de haber cooperado a alcanzar la victoria en Cuba, se sintió obligado y comprometido a luchar por la liberación de otros pueblos y dio su vida por su ideal.

Vivimos en un mundo cambiante y esos cambios se producen de un modo vertiginoso. Quizás, en épocas pasadas, en el mundo ocurrían tantos acontecimientos como hoy, pero no contábamos con los medios de difusión de que disponemos en la hora actual.

Varios buques españoles llegaron cierto día al puerto de La Habana y sus tripulantes se sorprendieron de ver ondear en el Morro el pabellón británico. No sabían que la ciudad había sido tomada por los ingleses.

Hace cuatro años, en viaje de Madrid a La Habana, cuando todavía, no se divisaba la ciudad, por el altoparlante se ofreció a los ocupantes del avión la siguiente noticia:

«Señores pasajeros: dentro de quince minutos aterrizaremos en el aeropuerto José Martí. La temperatura actual en La Habana es de 29 grados a la sombra, la humedad relativa es de 70% y son muchas las posibilidades de que tengamos una noche lluviosa.»

Estoy oyendo por radio la reseña de los encuentros de béisbol que se están celebrando en Cali, Colombia, como parte de los Sextos Juegos Panamericanos. Segundos después de ocurrido el hecho, me entero de que Isasi hizo un gesto de inconformidad al declarar el árbitro su tercer «strike».

Creo que soy un anciano integral y sincero que posee las pequeñas ventajas que confiere ese estado y sus múltiples inconvenientes.

Cuando se quiere lisonjear a un anciano, es frecuente que se diga de él que mantiene su espíritu perpetuamente joven. Creo que esos casos se encuentran muy raramente.

En la librería «El Pensamiento», en Matanzas, exhiben, disecada, un aura blanca. Es la única que conozco de ese color. Creo que los viejos perpetuamente jóvenes son tan raros como el aura blanca de «El Pensamiento».

Uno de esos casos excepcionales es el del notable actor Antonio Palacios que ya, a su edad canónica, canta modernas baladas. Sin embargo, me parece apreciar su voz más alegre y sus ademanes más jactanciosos cuando interpreta el papel de don Hilarión en la *Verbena de la Paloma*.

Como viejo, al fin, tengo poca afición por muchas cosas modernas.

No me gusta la literatura escatológica. No es que yo presuma de la pureza de mi lenguaje, pero no me acostumbro a encontrar en un poema palabras o frases que no objetaría en las paredes de un mingitorio público.

No me gustan los cuentos que, al terminar de leerlos, tengo que preguntarme a mí mismo: ¿qué es lo que se ha relatado aquí?

No me gustan los poemas cuyo mayor mérito consista en una caprichosa composición tipográfica. Me recuerdan los trabajos que hacía, cuando era un púrpuro, en el kindergarten.

No me gustan, en general, la pintura moderna, y uno de los que menos me gusta es el pontífice del género: Picasso. En el caso de este pintor no existe la razón que puede justificar las obras de otros, porque Picasso sabe pintar. Si me regalaran algunas de sus obras, como por ejemplo: *Las señoritas de Aviñón*, con la obligación de colocarla donde

tuviera que verla a diario, renunciaría al donativo. Cuando estuve en Francia, localicé la ciudad de Aviñón para mantenerme alejado de esa zona.

Tengo poco aprecio por los conjuntos artísticos en los cuales sus músicos y sus cantantes actúan bajo una excitación que remeda los ataques epilépticos y cuyos pianistas tocan de pie, como si se hubiera desarrollado entre ellos una epidemia de hemorroides.

Como actividades sociales, las que cultivo a diario son las colas. La cola no sólo representa el procedimiento ordenado para adquirir los suministros y para recibir los servicios. Es también una oportunidad para crear amistades, para establecer relaciones y para resolver recíprocos problemas de trueques, tanto en lo material como en lo social.

En el hogar desarrollo labores múltiples. Cuando planeaba retirarme, hice construir en los altos del garaje un pequeño taller de carpintería. Compré un torno y aprendí los fundamentos de esa fascinante actividad. Puedo hacer trabajos corrientes de tornería, pero no filigranas. No he llegado a ser un buen tornero. Para mí un buen tornero es el que puede hacer dos perillas complicadas exactamente iguales. Yo nunca llegué a eso.

En la primera época del taller, me dedicaba preferentemente a producir objetos: lámparas, bandejas, mesitas, cestos de costura, etc. Pero esa producción resultó extemporánea. Más que aumentar los enseres de nuestra casa, el problema nuestro consistía en deshacernos de muchas de las existencias y regalar, hoy, una butaca y mañana, un sofá.

En la actualidad mi taller se dedica, preferentemente, a reparaciones: encolar la pata de una silla o ponérsela nueva, hacer el mango a una olla de presión, reparar la varilla rota de un paraguas, etc.

Siguiendo las orientaciones de la época, mi taller se ha convertido en un servicio social colectivo. A veces, resuelvo los problemas de mis vecinos. En otros casos, les abro las puertas del taller para que ellos realicen los trabajos que precisan.

Tengo un viejo reloj de columna. Calculo que su péndulo oscila desde hace mucho más de cien años. Cierta vez, se descompuso y requerí los servicios de un relojero profesional que estuvo trabajando durante dos días y no logró repararlo. Decidí, entonces, estudiar relojería y consulté a un amigo poseedor de conocimientos múltiples. Es cocinero, sastre, experto en radio y televisión, ministro protestante y entiende de relojería.

Pasé varias horas en lo alto de una silla escalera contemplando el movimiento de las ruedas y el engranaje de las mismas y pude darme cuenta del defecto y de la manera de corregirlo. Siempre tuve gran simpatía por ese reloj,, pero , desde .que le conozco sus entrañas, lo aprecio más.

He invadido los .predios del fogón. Mis mayores actividades han sido los dulces, especialmente los de almíbar.

Pero, para mí, el cocinero de mérito es el que confecciona la comida salada. He aprendido a cocinar arroz y tengo a orgullo que no se me pega un solo grano en el fondo de la cazuela.

Mi amigo, el cocinero, sastre, etc., me enseñó a hacer la tortilla a la francesa y no he vuelto a comer esas tortillas duras y planas como un disco fonográfico.

Y ya, para terminar esta introducción- a mi autobiografía, quiero señalar los elementos que han intervenido en su desarrollo.

Como, en definitiva» -la personalidad de cada ser humano es la resultante de dos factores que influyen,- a veces de modo irregular, y en otros casos, de manera -muy -manifiesta, debo considerar en mi caso la herencia y el medio ambiente.

Es una vieja polémica entre biólogos, sociólogos y psicólogos precisar cuál de esos factores tiene una participación mayor en la determinación de las características de! hombre. No creo que tenga importancia el reconocimiento de la .preponderancia de uno u otro de esos factores; lo que sí es evidente es que ambos intervienen y hacen sus aportaciones.

Por eso considero necesario, dedicar algunas líneas a mis inmediatos antecesores que han contribuido con los elementos hereditarios; y a aquellas personas, parientes o no, junto a las cuales permanecí en la época que más influye el medio, ambiente en la personalidad que se está modelando.

En realidad, yo no he sido el único autor; de esta biografía. Si algún mérito pudiera tener, debo compartirlo con Antoñica, que me ha recordado numerosos temas, que me ha sugerido asuntos olvidados por mí y que ha hecho una cuidadosa revisión de lo que he escrito. No se pasan en balde cincuenta y cinco años juntos compartiendo los azares de la vida, gozando los mismos placeres y sufriendo idénticos pesares.

Creo que éste es un raro trabajo: una autobiografía escrita a cuatro manos, concebida por dos mentes que, si bien coinciden en muchos puntos de vista, otras veces, al discrepar, se complementan.